



## Capítulo 58



# ARGUEDAS:

LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO III

*Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*. Tomo III  
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,  
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,  
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,  
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,  
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-39-8

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-07738

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300396

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

# Vigencia de la obra de José María Arguedas

ALEJANDRO ORTIZ RESCANIERE  
Pontificia Universidad Católica del Perú



*Todas las sangres*: ¿alguna vez nos hemos preguntado por qué nos atrae esa frase que nos califica? ¿Por qué nos aferramos a ella a pesar de las teorías y de los diagnósticos que afirman lo contrario, que no somos una nación, que no somos un pueblo integrado, es decir, que no somos un pueblo? ¿Qué llevó a Arguedas a la formulación *Todas las sangres*? ¿Fue la intuición o el resultado de una atenta mirada al Perú? Ambas cosas, tal vez. Lo cierto es que llamar a nuestra sociedad, a su historia y a su entramado de culturas, *Todas las sangres*, nos parece que responde a la verdad.

Esa frase, escrita hace más de medio siglo, tiene, pues, vigencia. Ella es el fruto de un largo proceso guiado por un espíritu libre. Su obra entera es una búsqueda de la verdad a través del ejercicio y del fortalecimiento del libre albedrío. Voy a exponer algunas reflexiones sobre el carácter autónomo de la obra de Arguedas.

La mesa redonda sobre *Todas las sangres*, de 1965, los archivos de etnografía que reunió, sus estudios de antropología, ilustran una divergencia en la manera de ver y de hacer antropología. Una divergencia que aún persiste.

Arguedas nos propone que la antropología no debe reducirse a las explicaciones subsidiarias de la teoría sobre «los fenómenos culturales y sociales». Sugiere, por ello, lo siguiente:

- Que no hay que olvidar que el aporte más importante en nuestra ciencia es la etnografía. La buena y simple transcripción de los hechos. Transcripción que es orientada por la teoría pero, sobre todo, por la sensibilidad y el buen criterio del observador.
- Que la etnografía ha de ser orientada por la teoría, asistida por el método, pero no hecha en función de la teoría, no sometida a ella.
- Que la etnografía no debe limitarse a los hechos obvios, materiales, sino también a aquellas manifestaciones o aspectos que expresan el espíritu de los pueblos, su belleza y oscuridades, sus motivaciones no explícitas.

Si bien la mesa redonda de 1965 fue convocada para comentar una reciente novela, *Todas las sangres*, el debate se dio entre científicos sociales y pensando en estas ciencias más que en la literatura.

Ese debate ilustra una diferencia en la manera de hacer antropología y, también, de escribir literatura en el Perú. Muestra, asimismo, un malentendido: los críticos de Arguedas esperaban que una novela «comprometida» reflejara la «realidad social» fielmente.

El problema es que esa fidelidad era de distinto tenor. Los críticos veían unas cosas y Arguedas, otras.

La visión de los críticos estaba dictada por alguna de las teorías entonces en boga —la aculturación, la marginalidad y la dependencia, el todo con un énfasis en el cambio económico y social y en la lucha por alcanzar el socialismo—.

Por otro lado, la visión del escritor y del antropólogo Arguedas no tenía prisma; su mirada era vagabunda y más libre. Por eso hallaba más asuntos, y asuntos más interesantes, en esa misma realidad. Él trataba en la antropología, pero sobre todo en sus narraciones, aspectos que la teoría desdeñaba o, simplemente, ignoraba. Y eso no le perdonaron: que viese distinto y más que ellos, ilustres científicos sociales comprometidos con la realidad social.

Arguedas tenía una actitud constate en sus clases y en sus investigaciones: una percepción del mundo denso y misterioso. Un advertir en los otros la vida

plena de belleza. Un aproximarse, con admiración e interés, a las más humildes personas, a sus hechos y pasiones. Un acercarse al pequeño pero intenso universo de la aldea, de la gente sencilla del campo, de los que medran en el desierto. Y así, sin proponérselo, Arguedas descubría en ellos, los rostros olvidados, las almas negadas, de nosotros mismos.

Esa mirada cercana no es impuesta por filtros ni anteojeras. No quiere demostrar la bondad de una ideología ni la agudeza de un bisturí. Él no está en el campo para demostrar algo que ha leído en un libro como se lee una novísima *Biblia* de bolsillo. Está en el campo porque ama y le atrae el drama humano.

Arguedas nos ha enseñado el valor de la valentía. En su época, como ahora, quien no seguía ciertos conceptos, métodos, perspectivas académico-políticas era marginado. Entonces, si uno iba a una comarca y no encontraba dependencia, marginalidad, capitalismo emergente desplazando formas comunitarias; si no hallaba unas formas de dominación social, pues era un miope y no servía para antropólogo ni para escritor.

Con todo respeto por los académicos y sus ideas, Arguedas trabajó al margen, lejos de la bulla académica. Lo hizo con la curiosidad y la humildad de los que no recurren a muletas o amuletos. Y escribió con la llaneza de los que miran las cosas de frente.

Y ese es el trabajo más leído, no el de sus críticos. ¿Quién recuerda o, peor aún, lee, las docenas de libros de entonces, del tipo *Perú y dominación*, *Los modos de producción andinos*, *Pacarán, dependencia y poder*? ¿Quién los lee? Salvo, claro, si alguno de ellos es puesto en la bibliografía obligatoria de un curso de un universitario. Esos tesoros de la dependencia mental son indigestos. Hablan de precio de los camotes y no ven las personas que actúan, luchan, intercambian camotes y muchas otras cosas, que son madres, que son gente que quiere y se divierte, que tiene magia y encanto.

El precio de la papa es importante, pero es un punto del drama de la vida. Es un tópico de ese drama que ninguna teoría prefabricada y peor digerida puede abarcar.

Arguedas estaba en contra de esa visión sin enigmas, sin misterio ni belleza. No aceptaba que la sociedad fuese auscultada, entendida, como si se tratara de un saco de papas que puede ser pesado en cualquier balanza y que todo se redujese a una medida, a un patrón de medida, que se pudiese traducir todo a una jerga.

¿Qué se ganaba *concluyendo* que la andina era una sociedad dependiente de la metrópoli? ¿O que era precapitalista? ¿Que ya no eran quechuas sino campesinos marginados del tercer mundo? Poco se conoce del muerto con un epitafio («Esta sociedad fue comunitaria y, ahora, capitalista», «Esta sociedad es precapitalista» o, como se dictamina ahora, «es racista y machista»). En cambio, sí se conoce algo del sepulturero. Con una receta tampoco se aprende mucho del paciente: «Necesita una dosis diaria de revolución socialista y unas gotas de modernidad».

Las conclusiones y las recetas que entonces dio tal ciencia fueron inocuas, en el mejor de los casos. En cambio, Arguedas alienta la curiosidad y nos hace desconfiar de las herramientas más ideológicas que metodológicas y de sus explicaciones prefabricadas.

Por eso su propuesta es actual. Porque entender la sociedad es un reto formidable. Porque la vida social no puede comprenderse con una receta. Porque las modas en la ciencia, como en el arte, siguen encandilando los claustros. Y, con la moda, van parejas la pereza mental, el servilismo intelectual, las anteojeras, el tedio.

La mesa redonda sobre *Todas las sangres* es una lección. Pues encontramos en las palabras de los críticos de Arguedas nuestra propia miopía y espíritu estrecho. La lectura de esa mesa puede despertar en nosotros algo de aquello que criticaron a Arguedas, algo de ese espíritu vagabundo y libre que todos tenemos y escondemos con vergüenza, precisamente, ahí donde debiera brillar: en el aula, en el campo, en el cuaderno que escribe el novelista.

Arguedas conocía los prismas de entonces. La teoría y la explicación prestigiosa, los gustos literarios consagrados, le servían de apoyo, para su curiosidad intelectual, inclusive fueron un cauce para su intuición y su expresión. Los planteamientos antropológicos sobre la aculturación y el cambio están presentes en toda su obra etnográfica y aun literaria (como las novelas *Yawar fiesta*, *Todas la sangres*, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, también en poemas como el «Llamado a los doctores»).

Su trabajo sobre la feria de Huancayo es una etnografía ejemplar por la agudeza de las observaciones, por la riqueza de datos recogidos, por lo sistemático y serio de la encuesta. Las explicaciones antropológicas sobre el cambio, las ideas de dependencia, polos de desarrollo, dan orden y solidez científica a sus libretas de campo y a sus publicaciones.

El estudio comparativo entre las comunidades españolas de Bermillo y de Puquio en el Perú se inspira en la etnohistoria; el funcionalismo da claves y sugiere explicaciones al investigador. Esta obra no se entiende cabalmente si el lector no tiene un cierto conocimiento de la etnohistoria y del funcionalismo.

En «Puquio, una cultura en proceso de cambio», los fenómenos presentados están explicados por las tesis antropológicas sobre la aculturación y el cambio.

Sin embargo, la aculturación, el cambio, el funcionalismo, la etnohistoria, no son lo que motiva a Arguedas a ir al campo y describir un hecho. Son instrumentos. Subrayamos esto porque, en nuestra disciplina, la antropología, entonces como ahora, hay una tendencia, o vicio profesional, que consiste en ponerse al servicio de la teoría. Se determinan y encuentran hechos para mostrar (y no tanto probar) la bondad de una teoría y la probidad de un método. Entonces, la teoría se impone al hecho. Se producen datos para demostrar lo previamente determinado o dictado. Así, la observación pierde frescura y libertad. Arguedas era consciente de tal peligro y tentación de servidumbre. Recurría a los prismas pero no como amuletos sino como instrumentos, que es lo correcto en ciencia. Los empleaba para orientar la observación y mejorarla con una disciplina.

Esa actitud instrumental de la teoría y del método da a la obra antropológica de Arguedas un interés particular y una actualidad. Los temas tratados son variados, las descripciones incluyen detalles coloridos y esclarecedores. Es una riqueza que contrasta con las publicaciones de su época, con aquellas que responden a una motivación principalmente metodológica y teórica. Es lícito probar un método y una teoría con un trabajo de campo. Sin embargo, el riesgo es evidente: el desdén por los datos —aquellos que no se ajustan a la teoría— y la sumisión a las corrientes en boga, a lo oficial y bien establecido en el momento. Claro que lo opuesto, la mirada vagabunda, sin norte ni procedimiento, también es riesgosa en nuestra ciencia. Pero, no es el caso del antropólogo Arguedas. Él recogió cuentos y canciones, describió la feria de Huancayo, los cambios que se gestaban en Puquio. Su mirada vagabunda no lo traicionó. Hoy, después de tantos años, su voz insumisa es un ejemplo.

Y después de tantos años, la idea de *Todas las sangres* de Arguedas se ha hecho nuestra. Expresa nuestra voluntad soberana de estar juntos y de ser cada vez más libres.